

El Desencantamiento del Mundo en Schiller y Sade

Julieta Videla Martínez. Universidad Nacional de Córdoba. UNC. Argentina
videlamartinezjulieta@gmail.com

Introducción

Estudiaremos el panorama del mundo moderno según Friedrich Schiller y el Marqués de Sade, apuntando específicamente al lugar de la obra de arte ante el sentimiento de un mundo y de un hombre fragmentado, escindido como consecuencia del ‘progreso’ de la ciencia y de la razón.

Tomaremos como análisis el contraste de *Cartas sobre la educación estética del hombre* (Schiller) y *La filosofía en el tocador* (Sade), debido a que ambas son publicadas en el año 1795 e interpretamos como tema conductor de las dos obras, el estado del mundo moderno en contraposición al esplendor del mundo antiguo grecorromano.

Si hay un nexo entre estos dos pensadores del siglo XVIII, ese nexo es la ‘obra de arte’ como instrumento que le devuelve al hombre la “libertad de ser lo que deba ser” (Schiller, 2016: 129).

127

Febrero
2018

Desarrollo

I

El desencantamiento del mundo

La sexta carta de Schiller sobre de la educación estética del hombre comienza por contrastar la forma actual de la humanidad con la forma que tuvo en la antigüedad griega: los griegos superan ampliamente al hombre de la modernidad “rebosando de forma y a la par de contenido, cultivando la filosofía y a la par la creación, con delicadeza y a la par con energía, los vemos aunar la juventud de la fantasía con la virilidad de la razón en una humanidad magnífica” (Schiller, 2016: 70). Para este pensador y escritor, la humanidad de la modernidad carece de la simplicidad que poseía la antigüedad, y donde ella

está ausente “reina o la pura naturaleza o la antinaturaleza, esto es, el materialismo puro, o el puro racionalismo” (Zubiría, 2016: 70). En la modernidad ya no existe la mezcla entre las facultades de la sensibilidad y de la razón, muy por el contrario, estas se encuentran fragmentadas dentro de cada individuo. Schiller observa y critica de su presente la fragmentación social, el triunfo del automatismo de la máquina, la limitación impuesta por la división del trabajo, la fuerte separación entre las ciencias, así como también “el entendimiento intuitivo y el especulativo se retiraron ya con ánimo hostil hacia sus campos respectivos” (Schiller, 2016: 71). Martín Zubiría explica en una nota al pie de su traducción que la escisión entre el entendimiento intuitivo y el especulativo corresponden a la división entre la filosofía y la poesía, entre el intelecto y la sensibilidad. El rasgo distintivo del hombre griego es entonces, la totalidad de su ser (Totalität ihres Wensens), mientras que lo que distingue al hombre moderno es la fragmentación de su ser.

Observemos ahora en estos fragmentos de *Los dioses de Grecia* el anhelo por la humanidad en su estado antiguo:

Cuando aún gobernabais el bello universo,
estirpe sagrada, y conducíais hacia la alegría
a los ligeros caminantes,
¡bellos seres del país legendario!,
cuando todavía relucía vuestro culto arrebatador,
¡qué distinto, qué distinto era todo entonces,
cuando se adornaba tu templo,
Venus Amazusia (...) (Schiller, 2002: 15)

Ignorante de las alegrías que ella regala,
nunca entusiasmada ante su majestad,
sin darse cuenta del espíritu que ella dirige,
nunca dichosa por mi felicidad,
indiferente incluso ante la gloria de sus artistas,
igual que la maquinaria muerta del reloj,
obedece servilmente a la ley de los graves,
la desdivinizada naturaleza. (Schiller, 2002: 21)

El Marqués de Sade expresa en *La filosofía en el tocador* -pero también a lo largo de todas sus obras-, su gran enemigo: el hombre moderno, “aquél que, de una manera hipócrita, se refugia en una especie de neurosis endémica que él

llama ora 'moral', ora 'religión', ora 'deber' " (Châtelet en Introducción, Cap. "Por una filosofía del combate", en Sade, 1979: 23). Detrás de las fastuosas escenas "lúbricas" y "voluptuosas" de su obra, la sangre que emana de sus libros "no podía ser sino paródica" (Del Barco en Introducción: "Notas sobre la vida y la época de Sade", Cap. II, en Sade, 2010: XII): encontramos en su 'heterogeneidad discursiva' una continua recurrencia al pensamiento grecolatino, ya sean sus mitos, sus héroes, sus filósofos o sus acontecimientos históricos.

Podemos reconocer el mito de edipo en el sentimiento de odio de la señorita Eugenia hacia su propia madre, y el deseo de querer matarla; como también el mito de Ganímedes y Júpiter - el dios Júpiter se vio seducido por la belleza de Ganímedes, entonces se transformó en águila y lo secuestró, llevándose consigo al olimpo-, este reiterado mito en la obra es el argumento que justifica la relación homosexual y la sodomía, además de impugnar la reproducción sexual. Al mismo tiempo se aprecia y se reivindica el paganismo como culto divino.

[Apología de la religión pagana]

Puesto que creemos en la necesidad de un culto, imitemos el de los romanos: las acciones, las pasiones y los héroes: esos eran sus respetables objetos (Sade, 2010, p.145)

Dadnos, pues, en este caso, la que conviene a hombres libres. Dadnos los dioses del paganismo. De buena gana adoraremos a Júpiter, Hércules o Palas (Sade, 2010, p.148)

Pero también, en el folleto político que trae Dolmancé y que utiliza para fines didácticos en su reunión de enseñanza de la filosofía del libertinaje, podemos observar la invocación de la cultura grecolatina para fundamentar la aprobación de la ley de la naturaleza, en contraposición a la ley social imperante:

[Apología del robo como perversión natural]

Si recorremos la Antigüedad, veremos el robo permitido y recompensado en todas las repúblicas de Grecia; Esparta y Lacedemonia lo favorecían abiertamente; algunos otros pueblos lo consideraron una virtud guerrera; es un hecho que mantiene el coraje, la fuerza, la destreza, todas las virtudes, en pocas palabras, que son útiles para un gobierno republicano y por lo tanto para el nuestro. (Sade, 2010, p.164)

[Valoración de la prostitución de la mujer]

Entre los tártaros, cuanto más se prostituía una mujer, más honrada era; llevaba públicamente en el cuello las señales de su impudicia y no se estimaba en absoluto a las que no estaban así adornadas (Sade, 2010, p. 177)

[naturalización de distintas formas de asesinato de los niños]

Hasta el traslado de la sede del Imperio, todos los romanos que no deseaban alimentar a sus niños los arrojaban en los vertederos de basura. Los antiguos legisladores no tuvieron ningún escrúpulo en consagrar a los niños a la muerte. Aristóteles aconsejaba el aborto (Sade, 2010, p.192)

En consecuencia, como decíamos más arriba, no todas estas afirmaciones que Sade profiere son puramente traslúcidas y “verdaderas”, en realidad, como dice Beauvoir, “El género favorito de Sade es (...) la parodia” (2016: 254), y lo que él hace en su obra es relatar y describir su época, se propone “decir todo - incluso lo que la filosofía aprendió a ocultar- transgredir todos los límites, dejar hablar a la violencia (...)” (Del Barco en Introducción: “Notas sobre la vida y la época de Sade”, Cap. II, en Sade, 2016: XIV), pero de un modo oscuro e hiperbólico, por ello mismo es considerado un poeta maldito.

Contemplamos aquí un pensador idealista frente a un pensador maldito: la cumbre helénica puede significar para los escritores de la modernidad la ‘totalidad del ser’ del hombre, la belleza, pero también puede encarnar la

fealdad, la destrucción. Lo revelador de esta oposición -la belleza o la fealdad- es que ambos son las dos caras de una misma moneda, en efecto, la naturaleza o el carácter natural del hombre, es para Schiller como para Sade, destructivo.

(...) el carácter natural del hombre, que, egoísta y violento, apunta más a la destrucción que a la conservación de la sociedad (...) (Schiller, 2016: 62)

¿De qué se componen los seres que vienen a la vida?
¿Los tres elementos que los forman no proceden de la destrucción primitiva de los otros cuerpos? Si todos los individuos fueran eternos, ¿no se le haría imposible a la naturaleza crear otros nuevos? Si la eternidad de los seres es una imposibilidad para la naturaleza, la destrucción se convierte por consiguiente en una de sus leyes. (Sade, 2010: 186)

La naturaleza, en tanto belleza o en tanto fealdad, es fundamental para la humanidad de la modernidad, sólo que para Schiller, la idea de Sade de someter la humanidad a las leyes de la naturaleza corresponde a la idea de un salvaje que “desprecia el arte y considera la Naturaleza como su señor absoluto”, mientras que “el hombre cultivado -o artista- hace de la Naturaleza su amigo y le respeta la libertad, contentándose con sujetarle sólo su capricho” (Schiller, 2016: 65). Sin embargo, lo que Sade desprecia -claro está- no es el arte, ya que por medio de ella intenta, como hombre “*Ser- todo*” (Del Barco en Introducción: “Notas sobre la vida y la época de Sade”, Cap. II, en Sade, 2010: XIII), lo que desprecia Sade es el hombre moderno juzgado por las leyes sociales y no por las leyes naturales.

Viajando casi un siglo después de estos escritos, nos encontramos con Max Weber (1868- 1920), un pensador interdisciplinario que produjo conocimiento no sólo en el campo de la sociología, sino también en la economía, la teología, el derecho, la historia y la teoría musical. Dentro de su extensa obra nos gustaría tomar de él la noción de <desencantamiento del mundo> para leer el sentimiento que han transmitido Sade y Schiller en su obra.

Para Weber, el progreso científico en el que la ciencia y el capitalismo avanzan juntamente combatiendo lo irracional (todo lo no utilitario) tanto en el

mundo como en el hombre mismo, es lo que se entiende por desmitificación o desencantamiento del mundo.

Donde quiera la explicación sistemática de los conocimientos empíricos racionales ha quitado al mundo su aspecto mágico, y lo ha convertido en un mecanismo sometido a las leyes de la causalidad, el postulado ético de acuerdo al cual el mundo es un cosmos ordenado por dios, que por consiguiente tiene cierto sentido en el ámbito moral, se ha visto definitivamente refutado, pues una concepción del mundo empírico, y con mucha mayor razón matemático, excluye por principio todo modo de pensamiento que busque un "sentido", sea cual fuere, en los fenómenos del mundo exterior. (Resico, 1998: 7)

La impresión de Schiller, de estar viviendo en un estado de la humanidad que se encuentra completamente fragmentada a causa del avance desmedido de la técnica y la división entre la filosofía y la poesía, así como también el hombre mismo se ve despojado de sus facultades, es lo que Sade de cierto modo, intenta describir bajo un cielo revolucionario. A este sentimiento que experimentan Schiller y Sade lo entendemos aquí como Desencantamiento o desmitificación del mundo.

En este contexto el pensamiento de nuestro Marqués ha sido repudiado, porque manifiesta en su escritura la maquinaria humana descompuesta, al tiempo que hace de su arte lo irracional que el progreso científico junto con la otra cara de Dios, la Razón, se esmeraba en extirpar del mundo y del hombre.

II

La obra de arte en el mundo moderno

Ante el sentimiento de desencantamiento del mundo, Schiller asegura que el único instrumento capaz de restablecer la totalidad de la humanidad es imposible de encontrarlo en el Estado porque “tal como se halla organizado, ha provocado el mal” (Schiller, 2016: 78), es decir, es la causa misma de la fragmentación. Por el contrario, aquel instrumento que puede restituir la humanidad, es el arte. El arte debe ser capaz de reunir el impulso sensible con el impulso formal del hombre. Sin embargo, si el impulso sensible se encontrara subordinado al racional, no habría una relación de armonía en el hombre, puesto que sin forma no hay materia, y sin materia no hay forma, por lo tanto ambos impulsos deben estar subordinados recíprocamente, en ello consiste la educación estética del hombre.

En la novena carta Schiller le dice al artista

ofrece a tus contemporáneos lo que precisan,
no lo que aplauden (...)

la gravedad de tus principios los ahuyentará
de tí, pero en la forma del juego aún podrán
soportarla (...)

En vano derribarás sus máximas, en vano con-
denarás sus actos, pero bien puedes intentar
poner en sus ocios tu mano creadora. Echa fue-
ra de sus diversiones el capricho, la frivolidad,
la rudeza, y así los desterrarás insensiblemente
también de sus acciones y, por último, de sus
sentimientos. (...) (Schiller, 2016: 86)

Efectivamente, Sade ofrece en sus heterogéneas obras, una materia que nunca fue aplaudida ni tampoco lo es, los horrorosos principios que propone, más que ahuyentar al lector, han producido el eterno encierro del espíritu del Marqués, principalmente por lapidar las máximas de Dios y de la Razón.

Las cartas sobre la educación estética del hombre son narradas bajo -como su nombre lo indica- el género epistolar, debemos saber que éste género era muy

frecuentado en la antigüedad en la que se narraban cuestiones sobre ética y religión, además se conservan cartas de Horacio (I a. C) como también de Séneca (4 aC.- 65 d. C.) y de Cicerón (106 aC- 43 aC). Por otro lado, *La filosofía en el tocador* es un diálogo, género representativo de la antigüedad clásica, y tenemos como exponente los diálogos platónicos. Bajtin (1989: 469) dice que es típico del diálogo socrático que la figura que habla y conversa, tal como Sócrates cumpla la función de ser héroe. En nuestra obra tenemos también la figura de un Sócrates, pero hiperbolizado, este es Dolmancé. Es clara la parodia una vez que observamos la acotación “Para que Eugenia vea de qué se trata, el mismo Dolmancé socratiza a Agustín” (Sade, 2010: 108). La acción de socratizar, en este caso significa educar, pero en la filosofía del libertinaje.

Como resultado de esta observación de los géneros de las obras en cuestión podemos percibir que Schiller se toma en serio el deseo de imitar a los antiguos, mientras que Sade se toma irónicamente este pensamiento, del mismo modo en que parodia las máximas de Dios y de la Razón.

Para que una obra estética sea bella, y por lo tanto le dé la posibilidad de apertura hacia la totalidad a la humanidad moderna, es necesario que ella misma sea el libre juego. El objeto del impulso de juego reúne el impulso sensible -lo que el autor también entiende como ‘vida’- y el objeto del impulso formal -que lo entiende más generalmente como forma- por lo tanto, el libre juego es ‘forma vida’. La ‘forma viva’ es la cualidad de los objetos estéticos. El juego es, para Schiller, la humanidad misma del hombre, y a la vez, el hombre es solamente un ser humano cuando juega.

En un mundo desencantado, desmitificado, Sade juega en su escritura con el impulso sensible y el impulso formal, no obstante no llega a ser la mezcla que subordina a los dos impulsos mutuamente debido a que siempre se monta primero una escena “voluptuosa” y seguido de ella el narrador profiere una frase tal como “se rompe la forma”. La segunda parte de la escena corresponde a una enseñanza que se sirve de la Razón para justificar la perversidad. Así las cosas, podemos ver cómo Sade no sólo juega con los impulsos sensible y formal, sino que también juega con y parodia a sus contemporáneos, uno de ellos es Schiller. Vemos cómo a lo que este último llama “salvajismo”, el Marqués lo

caracteriza como formal, irónicamente. Para Schiller esa animalidad debe ser educada a través del arte, es decir, debe ser formalizada, es un <desorden> que debe ser ordenado, formalizado. Tradicionalmente, traducimos la palabra griega *χάος* como desorden, sin embargo es más propicio entender *χάος* no como desorden, sino más bien, como “otro orden”. Esto sirve para explicar, por ejemplo, cómo las escenas sexuales están perfectamente pautadas y ordenadas, lo que en términos de Schiller sería absurdo, porque la sensibilidad es el contenido, lo salvaje, lo amorfo que la razón tiene que formalizar. Mientras Schiller propone educar al hombre a través de la estética, derribando sus ocios y su animalidad, Sade, a través de la obra de arte se propone “educar”, “socratizar” al hombre haciéndole reconocer y enaltecer su animalidad en el fárrago de sus costumbres sociales.

Ante el desencantamiento o desmitificación del mundo, tanto Schiller como Sade van intentar acceder a la humanidad del hombre a través del reparto sensible del presente en el que están. En un mundo donde lo irracional y lo que carece de utilidad se verá liquidado por el progreso y la técnica, Friedrich Schiller propone el objeto estético en tanto juego. El juego es la actividad que no tiene otro fin que ella misma, lo que es equivalente a una inactividad o una actividad inactiva.

El jugador está ahí sin nada que hacer
frente a esta diosa que no hace nada, y
la obra misma del escultor se encuen-
tra absorbida dentro del círculo de una
actividad inactiva. (Rancière, 2016:41)

Las categorías de juego y trabajo son para Rancière categorías de división de lo sensible. Estas categorías, tanto en Schiller como en Sade, rechazan cierta división de lo sensible configurada en la sociedad moderna de los tiempos cercanos y presentes a 1795. Por consiguiente, podemos comprender, que cuando en el año 1795 Schiller dice que el Estado actual no tiene la posibilidad de reunir las facultades del hombre, porque en realidad lo que hizo hasta el

momento sólo ha sido el mal, la fragmentación, en realidad está recusando la Revolución Francesa.

También tenemos conocimiento de *La repartición de la tierra*, una bella poesía de Friedrich Schiller que también data de su primera publicación anónima por primera vez, en el año 1795. Esta poesía filosófica es un claro ejemplo del desdén hacia un reparto sensible configurado que el mismo arte viene a autonomizar la forma de experiencia sensible.

“¡Tomad la tierra!” gritó Zeus desde sus alturas
a los hombres. “¡Tomadla, ha de ser vuestra!
Os la regalo en herencia y feudo perpetuo,
mas repartísla fraternalmente”.

(...)

El labrador cogió los frutos del campo,
el hidalgo irrumpió en el bosque.

El comerciante tomó cuanto cabía en sus almacenes,
el abad escogió el noble vino añejo,
el rey cerró los puentes y las calles
y dijo: “El diezmo es para mí”

Muy tarde, cuando hacía tiempo que el reparto había tenido lugar,
volvió el poeta que venía de muy lejos;
ya no queda nada en ningún sitio,
y todo tiene su señor.

(....)

“Si te demoraste en el país de los sueños,
respondió el dios, no te enojas conmigo.
“¿ Dónde estabas cuando se repartió la tierra?”
“ Yo estaba junto a tí, dijo el poeta, junto a tí.

Mi vista estaba pendiente de tu rostro
y mi oído de la armonía de tu cielo.
Perdona al espíritu que, extasiado
ante tu luz, perdió lo terreno”.

(...)

“¿Quieres vivir conmigo en mi cielo?:
Tantas veces como vengas, estará abierto para tí”

Esta bella poesía filosófica no hace más que iluminar, por un lado la figura del artista moderno, quien desencantado del mundo en que vive y enceguecido por la luz de la cultura griega, se queda sin tierra, y por lo tanto se encuentra fragmentado; pero por otro lado esboza una clara partición del tiempo y del espacio modernos en los que todos los individuos que desarrollan sus facultades utilitarias dejan sin lugar al artista, que sólo realiza una “actividad inactiva”. Al quedarse sin lugar para vivir, al artista le es dado el cielo. Vemos entonces cómo se configura una política del arte que le devuelve un lugar al artista.

En la *Filosofía en el tocador*, el rechazo de cierta división sensible opera por el juego de la parodia: el pensamiento antiguo grecolatino constituye un arma de doble filo que merece una lectura atenta para poder dar cuenta de un complejo funcionamiento. En primer lugar, el recurso de la mitología grecorromana, junto con las figuras históricas de dicha cultura puede ser una respuesta ante un mundo desmitificado que requiere de una estética que reconstituya la magia y los orígenes del mundo. La reconstitución de la humanidad total puede ser pensada a través de la función del mito en la antigüedad como discurso iniciático que pretende explicar los orígenes del mundo y la dimensión invisible para los ojos humanos, y, por otro, la función del mito en la Modernidad -específicamente en épocas de crisis- como narrativa que permite organizar el mundo, y saber quiénes somos dentro de él. Ahora bien, como segunda lectura, podemos reparar en las fuerzas irónicas que ya hemos mencionado con anterioridad. Pareciera que Sade en realidad se está mofando de sus coetáneos, de los que creen en Dios, de los que creen en la Razón, de los que creen en el esplendor de la humanidad griega, en síntesis, de todos. Sade nos muestra la maquinaria humana descompuesta que no para de sangrar. Construye escenas hiperbólicas y completamente absurdas no sólo para Schiller, sino también para cualquiera. Las imágenes narradas se inmiscuyen hasta la médula representando la exacerbación del arte como actividad irracional, al punto tal de justificar la crueldad y la destrucción a través de la Razón, de modo tal que le imprime forma a la materia salvaje.

La ironía en la obra del Marqués parece figurarse como una luz que encandila, especialmente por la osadía de semejantes tesis explícitas. Sin embargo, no es una luz transparente toda vez que no deja vislumbrar a simple vista lo que está parodiando. Así, entendemos junto con de Beauvoir que su ironía “es lo suficientemente sutil como para no malograr sus delirios”. En consecuencia, la primera lectura relacionada con la creación de un mundo nuevo a partir de las bases del pensamiento antiguo, se derrumba. En realidad, su proceso político-literario intenta mostrar, cuanto menos desnaturalizar ese mundo ordenado por el cristianismo, la monarquía y la república desde una posición particular ante dichos pilares.

Conclusión

A modo de conclusión, a partir de la confrontación de Schiller, como pensador idealista y el Marqués de Sade, como poeta maldito y materialista, ambos de la misma época, pudimos observar que, se hayan o no se hayan leído mutuamente, discuten sobre puntos fundamentales que circulaban en la época. En primer lugar, reconocimos que ambos experimentan y refractan en su obra literaria un sentimiento de ‘desencantamiento del mundo’ en el que viven, y el escape de la pesadumbre la van a encontrar en la obra de arte. De un lado, Schiller afirma que a la *humanidad toda* se alcanza en la educación estética del hombre a partir del libre juego de los impulsos sensible y formal que se subordinan mutuamente y que por tanto constituyen una actividad inactiva como forma política del arte. De otro lado, el Marqués de Sade, que se ha pasado más de treinta años encerrado, busca *serlo todo* en una sociedad que actualmente continúa confinándolo. Su estética consiste en el juego y la parodia que se ríe y se mofa de todos, constituyendo las escenas más grotescas que dejan a la vista la irracionalidad justificada a través de la Razón.

Ambos autores comparten la misma experiencia de un mundo desencantado, asimismo los dos buscan el ser armónico del hombre en la obra de arte, pero uno va a alcanzar su fama y el otro su eterna desdicha, uno va a aspirar sinceramente al modo en que los griegos se erigen como hombres de su

tiempo, mientras que el otro se va a burlar de todos los fanatismos y todos los dogmatismos, así también como de él mismo. Finalmente, Schiller entiende que el objeto estético, combinando estrechamente el impulso sensible junto al impulso formal como libre juego, tiene que portar la belleza, al tiempo que Sade jugando irónicamente con sus coetáneos y el hombre moderno, refracta la fealdad oculta por todos los conocimientos de la época.

Bibliografía

- Arán de Meriles, Pampa O. Marengo, María del C. y De Olmos, M. Candelaria (1998) *La estilística de la novela en M. M. Bajtin: teoría y aplicación metodológica*, Narvaja Editor, Córdoba.
- Bajtin, Mijail (1989): *Teoría y estética de la novela*, Taurus Humanidades, España.
- Eagleton, Terry (2017) *La cultura y la muerte de Dios*, Paidós, Buenos Aires.
- Lacoue- Labarthe, Philippe (2010) *La imitación de los modernos: (Tipografías 2)*, Ediciones La Cebra, Buenos Aires.
- Monneyron, F. y Thomas, J. (2002) *Mitos y literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Rancière, Jacques (2016) *El malestar en la estética*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Rancière, Jacques (2010) *Política de la literatura*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- Resico, Marcelo F. (1998) *El capitalismo como desencantamiento del mundo: estudio sobre la filosofía de la economía de Max Weber*, [on line]. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar> 29-7-2017
- Sade, D. A. F. (2010) *La filosofía en el tocador*, Colihue, Buenos Aires.
- Sade, D. A. F. (1979) *Sistema de la agresión: textos filosóficos y políticos*, Tusquets Editores, Barcelona.
- Schiller, Friedrich (2016) *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, Disponible en <http://bdigital.uncu.edu.ar/>
- Schiller, Friedrich (2002) *Poesía filosófica*, Poesía Hiparión, Madrid.